

## RESEÑAS

CABANIS, JOSÉ, Saint-Simon l'admirable. Paris, Editions Gallimard; 1974.

El título de este ensayo nos intriga. Veamos cómo el autor —José Cabanis, novelista, ensayista y también historiador— mantiene lo que plantea.

El ensayo no está dividido en capítulos, y los temas de que trata —por ejemplo: “las ambiciones reunidas”, “el gabinete de las hadas”, “una mecánica minúscula”, “las falsas salidas”, etc.— sólo están señalados al final del libro en una lista a la que antecede una sólida bibliografía. El texto fluye sin intervalos tajantes, por medio de transiciones sutiles entre cada uno de los temas tratados.

Contrariamente a lo que hace Cabanis, por lo general Saint-Simon (1675-1755) ha sido presentado como una especie de maniático de las jerarquías, caricaturalmente obsesionado por el lugar que cada cual debía tener en la corte. Lugar en sentido amplio y estricto. ¿Quién se pone de pie?, ¿quién se sienta?, ¿quién pasa primero? Pero también, ¿por qué? Cabanis, al referirse a la “ducomanía” de Saint-Simon —como la llama Stendhal— matiza dicho retrato, poniendo esa manía en contraste con el asombro del memorialista francés ante la capacidad de soledad ajena. ¡Cómol, ¿el mundano duque de Saint-Simon, que no podía desprenderse del ambiente cortesano, para pescar allí los tics más ridículos, admiraba la soledad? Profunda contradicción de un ser humano que vive en el mundo pero que aspira al recogimiento. Por otra parte, el demonio de su escritura tan única, solamente podía alimentarse en una atmósfera mundana. Tal vez la amargura de sentirse incomprendido en ese medio y arbitrariamente “apartado” de sus “deberes” y de asistir a lo que él consideraba como el ocaso de la monarquía, lo impulsaron a encontrar una compensación en la escritura que le permitiría evocar “la figura engañosa de este mundo”. En este sentido según Cabanis, las *Memorias* serían como la constancia del naufragio de ese algo que siempre fascinó a Saint-Simon. Sus *Memorias*, esbozadas en la época en que frecuentó la corte, 1702-1723, fueron escritas posteriormente alrededor de los años 1723-1752.

De esas *Memorias* (41 vols. en la Edición de Hachette de 1879-1928, y 7 vols., en la famosa colección La Pléiade de Gallimard, 1954-1961)\* por lo general se presentan únicamente antologías que eligen sobre todo fragmentos que atañen más directa o pintorescamente, según el criterio de cada selección, al entorno de Luis XIV; en ellos sobresale el agudo retratista que podía pintar con una “manera” que él mismo atribuye a otros: con “dos lengüetazos irreparables e imborrables”. Por supuesto, de los mismos hechos que le interesan también escribieron muchos otros cronistas, pero el toque genial sólo se encuentra en el duque. Los otros pueden interesarle a los eruditos, los amantes de la literatura preferirán a Saint-Simon.

\* Bruguera de Barcelona ha publicado en 1982 una selección de las *Memorias* concernientes a España.

Cabanis nos recuerda que las *Memorias* del duque de Saint-Simon son más bien una obra de imaginación. Se trata pues de un falso testigo y narrador parcial que a menudo cuenta hechos que no vio. Sin embargo permiten revivir un mundo que es tan verdadero como imaginario; además, tienen la superioridad sobre la historia de estar llenas de vida, y se convierten en obra maestra cuando se siente que su autor se lanza a fabular con entera libertad. Creador, más que observador verdadero, puede decirse que el placer de escribir arrastraba a Saint-Simon a múltiples añadiduras, con el resultado de que, lo que pretendía fuera documento histórico se volviera literatura. Cabanis dice que las *Memorias* son la historia a través de la poesía.

Se ha dicho que Saint-Simón hacía orgías de observación. Él mismo, cuando al escribir recuerda un hecho insiste y dice: "miraba con todos mis ojos", o "paseaba mis miradas clandestinas" y por ello muchos lo consideran como un gran "mirón". Sabemos que en muchas ocasiones no fue testigo directo, sin embargo sigue insistiendo: "continúo reportando simplemente los hechos", cuando más bien se trata de lo que los otros le han contado. Pero, ¿cuál fue la parte que vio y cuál la que imaginó? A veces es difícil saberlo con certeza pues narra con gran precisión detallando los secretos y confidencias que recogía en todos los rincones de la corte, arreglando luego el chisme a su manera.

A pesar de la evidente primacía que en las *Memorias* tienen la vista y el olfato, Cabanis considera al memorialista más escucha que mirón. Infatigable auditor, que interroga a todos los que puede sobre un mismo hecho y luego descubre sus consecuencias y su origen, inventa las circunstancias y describe los gestos y las reacciones de los protagonistas, como si los hubiera presenciado.

Cabanis afirma que Saint-Simon siente a Versalles como un subterráneo en el que se ve obligado a penetrar profundamente. En otra parte llama laberinto a esa sociedad encerrada en sí misma. En ella todo se vuelve complicado: todos espían y están en escucha; lo mismo hace él. Pero ver y oír todo lo que sucede y se dice, no es en él tan solo avidez de cortesano, que a fin de cuentas sería semejante a la de los otros; para él, esta actitud es una precaución esencial para lo que ambiciona, es decir, el reconocimiento pleno de sus derechos, y, el tratar de lograrlo es su pasión. Pero, ¿cuál es realmente la pasión de un escritor? ¿No será más bien reportar todo lo que vio, escuchó o imaginó?

En una monarquía "legítima", el nacimiento es criterio y principio rector, por ello ciertas ceremonias y misterios le son connaturales; el honor de cubrirse ante el rey en las audiencias de los embajadores, la facultad de que alguno tenga derecho de hacerse portar un parasol, o de que el centinela golpetee sus talones cuando pasa; todo eso, que parecería superficial para algunos lectores, es, como nos lo hace ver Cabanis, el protocolo sagrado que para Saint-Simon debe acompañar a la monarquía. Si esas ceremonias se desvirtúan o faltan, como con horror el duque ve que sucede en Versalles, en donde hasta los hijos ilegítimos adquieren rango, el edificio se tambalea. Luis XIV había impuesto al exceso una mecánica complicada que no corres-

pondía al misterio profundo de una monarquía verdadera. Por eso todos tenían la obsesión de obtener algún favor del rey o de no caer en su desgracia, recurriendo a múltiples intrigas; eso no sucedería, según Saint-Simon, si cada cual estuviera en el lugar que le corresponde. Pero en Versalles importan más las “palancas”, “combinaciones”, “maquinaciones”, todos se espían con cautela utilizando el lenguaje de la mirada de manera muy particular. En apariencia Saint-Simon se comporta como los demás, pero él cree que sí merece la recompensa esperada, y no los otros que obtienen todo por medio de bajezas. El duque pasa, observa y toma constancia de la vileza reinante.

Luis XIV al pretender someter a todos, creyó domesticarlos con rituales inútiles, manejar todo y ser el único amo; en una carta anónima que se le atribuye a Saint-Simon, éste le hace ver que no es así, pues el duque se da cuenta de que entre el rey y los súbditos existe una pantalla: “Señor, le dice, en vano cree usted gobernar por sí mismo y entrar por sí mismo en los detalles, confiéselo...” Pues a fin de cuentas, si Saint-Simon no quiere al rey, éste es el rey legítimo y por ello el duque tiene el deber de advertirle cómo caso —entre otros— de esos nobles, ofrece un ejemplo en el que no puede le achaque llevar a la monarquía por muy mal camino convirtiéndola en tiranía. Desde esa perspectiva muchos consideran al rey más moderno que al duque, pues, Luis XIV, al promover a los burgueses y romper con las tradiciones, sin saberlo aceleraba el fin del antiguo régimen, mientras Saint-Simon conscientemente quería conservarlo en toda su “pureza”. No es al rey al que Saint-Simon detesta, sino a Versalles, lugar en donde hasta las palabras que se dicen están regidas por el aparato, aunque en la intimidad se use otro lenguaje, allí todo es vana convención, es decir, todo se rige por la mentira. Los que se someten son premiados y Saint-Simon siente que los que son independientes como él son perseguidos.

Según Cabanis, el duque tampoco se deja engañar por las comedias del sentimiento de las que cotidianamente es testigo; él sabe que no es farsante como los demás y desprecia su juicio, por ello no llora por cualquiera sino por aquellos por los que siente verdadera afecto, burlándose de la muerte de los demás. También parece que siempre trata de dar lecciones a todos, y sin embargo con algunos sabe ser humilde, por ejemplo con Rancé el solitario de La Trappe al que a menudo iba a visitar a escondidas. La insistencia en esta otra cara del duque, es una de las características del texto de Cabanis.

En las *Memorias* hay un gran número de retratos de muertos, de ellos se cuentan todas las anécdotas, intrigas y manejos; parecerían estar elaborados con mayor gusto los de aquellos que el duque considera que “salen muy mal de la vida”, es decir, los que no saben morir. Para Bossuet el momento de la muerte era como una sombra, para Saint-Simon el momento supremo que ilumina al hombre y revela la verdad, pues en él se tiene la última oportunidad para conocerse, se trata del “sabio y santo intervalo” que algunos preparan con sumo cuidado y gran anticipación.

Cabanis también insiste que en el mundo engañoso de Versalles —donde

por eso mismo no podía existir la alegría— Saint-Simon sabe que paradójicamente algunos viven con la verdad y además alegremente. En Versalles mismo logran vivir en una verdadera espiritualidad, y, teniendo en el mundo un solo objeto, viven profundamente el “santo intervalo”. Según Cabanis, el duque los venera, entre ellos: Beauvillier y Chevreuse, encargados de la educación del heredero duque de Borgoña muerto antes de acceder al trono. El caso —entre otros— de esos nobles, ofrece un ejemplo en el que no puede aplicarse la conocida tesis de Lucien Goldmann según la cual los descontentos, sea por no poder acceder al poder o por haber sido alejados de él, se retiran del mundo. Sin embargo, los héroes que Saint-Simon admira, rechazan el mundo cuando están contentos en él, logrando poner un intervalo entre la vida y la muerte y además haciéndolo con alegría, palabra clave que el duque utiliza en ciertos retratos en los que es raro encontrar los peros que siempre pone su autor. Son las mismas palabras, los mismos rasgos; se trata de algunos personajes que han hecho carrera y que están contentos en la corte o aparentemente deberían estarlo y, a pesar de eso, se alejan de ella y se van alegres, siendo ejemplar su decisión. Entre otros vemos a Pontchartrain, Claude Le Peletier, Catinat, Rosen, la marquesa de Créquy, el obispo de Troyes, etc., en cuyos retratos Cabanis encuentra las resonancias más bellas de las *Memorias*. Pero, más conocidos son los retratos de los otros a los que critica ferozmente, y esto nos ha hecho creer —porque además el mismo duque alienta esta idea— que se engolosina con los defectos y por eso detalla mucho, y para justificarse dice: “son las rarezas las que han hecho correr mi pluma”. Creemos que el conocimiento de Saint-Simon se enriquece con la tesis de Cabanis que insiste a lo largo de su ensayo que partir, desaparecer a tiempo, llegar desde ahora a otro mundo cuya verdad nos da alegría, es la verdad íntima del duque de Saint-Simon; sin embargo, éste no supo renunciar a la vida de la corte mientras se le presentara la ilusión de la fortuna, admira a los que la rechazan, y mientras tanto, él, con una esperanza más terrena, se queda, permanece allí.

Para Cabanis, el duque era un ser libre pues tuvo la osadía de escribir como se hablaba, hecho casi insólito en la tradición literaria de Francia; curiosamente por ello logra la inmortalidad. En unas cuantas líneas de las *Memorias* nos damos cuenta que su estilo se ha liberado de todo constreñimiento, que ha mandado al diablo el buen tono, y se vuelve directo, familiar, pintoresco, imprevisto, sintético, concreto. El mismo duque juzga que su estilo es áspero y a veces amargo por estar animado por la pasión. No sigue pues la moda de su tiempo, sino que escribe a su manera buscando la expresión más intensa y no la más perfecta según las múltiples reglas de las que su siglo está plagado. Cabanis afirma que Saint-Simon va a desquitarse con palabras de un orden que detesta, rechazando así todo lo que Versalles significa, por medio de una escritura exuberante que se contrapone al mítico “equilibrio clásico”.

Cabanis añade que, por supuesto, Saint-Simon expresa su época al retomar ideas más o menos manifiestas, pero haciéndolas cambiar de naturaleza por medio de su maravilloso arte.

Cabanis también nos ha recordado que según Descartes la admiración es la primera de las pasiones, lo cual es explícito en el título del ensayo. Con esta obra, el autor logra dar razones sólidas a quien ya poseía esa admirable pasión respecto al duque. Creemos con Cabanis, que cualquier lector atento de Saint-Simon siempre deseará conocerlo mejor, y la lectura de su ensayo, en el que se nos han propuesto aspectos novedosos del duque, amplía esa posibilidad.

Angelina Martín del Campo